

do y otra de Sierra-Juárez con su Capitán Cenobio Pérez, entretanto, el regimiento Morelos está ya tendido resuelto y sereno en el campo, parte en tiradores y el resto de reserva, con el Teniente Coronel Rómulo Pérez á la cabeza.

En estos momentos el fuego de cañón y de fusilería se redobló prolongándose por espacio de cuatro horas, y en seguida fue desalojado el enemigo de sus posiciones por una intrépida carga de nuestros soldados, en cuyo avance querían lanzarse todos unánimemente.

Como Ud. estuvo presenciando todos los sucesos, omito darle detalles del triunfo y hacerle recomendaciones especiales de todos y cada uno de mis subordinados que se batieron, puesto que cada cual se portó como un soldado disciplinado y valiente. Solo diré á Ud. que si el 18 de Diciembre el invasor quedó persuadido de que teníamos una caballería intrépida, ayer ha sabido que también en la plaza hay cumplidos y valerosos infantes.

En esta jornada no hemos tenido más novedades, que un soldado herido en el primer batallón de Sinaloa; un soldado muerto, y un teniente, un sargento 2º, un cabo y dos soldados heridos, del 2º; un soldado muerto y otro herido del batallón Sierra Juárez, y dos prisioneros del regimiento Morelos.

El enemigo derrotado ha sacado la peor parte en la refriega, pues ha tenido más de cuarenta hombres fuera de combate.

Felicito á Ud. y á la República por este completo éxito de las armas nacionales.

Patria y Libertad.—Oaxaca, Enero 23 de 1865.—*Cristóbal Salinas*.—Ciudadano General de la línea de Oriente.—Presente.

República Mexicana.—Cuartel General de la línea de Oriente.—Tuve la satisfacción de imponerme del parte oficial en que con fecha de ayer me dá Ud. cuenta del combate sostenido en Aguilera el día 22 del corriente por las avanzadas de las líneas del mando de Ud. y la compañía de ingenieros contra triple número del ejército invasor.

Presencí positivamente, rebozado de placer, ese honroso episodio, y su resultado me ha convencido más aun si cabe, de que encuentro en Ud. un compañero tan resuelto y sereno en el combate como eficaz y acertado en sus disposiciones; y en los expertos jefes, esforzados oficiales y valientes soldados que dieron la función, dignísimos defensores é invencibles atletas de la República, que darán á la patria luengos días de gloria.

Reciba Ud. la seguridad de mi fraternal estimación, y sírvase transmitir á los enunciados ciudadanos las sinceras muestras de los mismos vehementes sentimientos que agradecido les renuevo con tan plausible motivo.

Independencia y Libertad.—Oaxaca, Enero 25 de 1865.—*Porfirio Díaz*.—C. General Cristóbal Salinas; Comandante de las líneas 4a y 5a de defensa.—Presente.

Teniente Coronel de Ingenieros.—Tengo el honor de participar á Ud. que en la escaramuza de ayer no hubo novedad en la compañía que es á mis órdenes. Yo fuí levemente herido, por lo que espero estar útil dentro de muy pocos días.

Independencia y Libertad.—Oaxaca, Enero 23 de 1865.—*Lorenzo P. Castro*.—C. General en Jefe de la línea de Oriente.—Presente.

República Mexicana.—Cuartel General de la línea de Oriente.—Indefinible es la satisfacción que me ha inspirado siempre la conducta de los ciudadanos oficiales y soldados de la compañía de Ingenieros, pero más particularmente la de Ud. tanto en la educación disciplinaria de aquella como en los momentos del combate, sobre todo, en el que se empeñó el día 22 en Aguilera.

Dígolo á Ud. en contestación de su atento oficio de antier; y con el pesar de que haya Ud. sido herido, hago votos por su pronto restablecimiento, y le reproduzco la seguridad de mi distinguido aprecio.

Independencia y Libertad.—Oaxaca, Enero 25 de 1865.—*Porfirio Díaz*.—C. Teniente Coronel Lorenzo P. Castro, Comandante General de Ingenieros.—Presente.

Aunque el cañón resonaba diariamente en los campamentos de ambos enemigos, más parecía ello un entretenimiento que una acción: el invasor no se atrevió nunca á dar un asalto á la plaza, seguro como lo estaba de que para penetrar á ella por la fuerza de las armas, tendría que sembrar antes de cadáveres el camino que lo separaba de nuestras posiciones.

Los combates que tomaban visos de verdad, eran aquellos que nuestros impacientes soldados provocaban: el día 25 á las 10 de la mañana, un pelotón de zuavos cavaba el terreno para hacer los cimientos de una nue-

va paralela, en la última calle hacia el Sur de la plaza, en la margen izquierda del Atoyac para el paso de Xoxo: un fuerte tiroteo entre nuestras avanzadas y las del enemigo impedía algo el trabajo, hasta que, impaciente el resuelto Coronel y hoy General Manuel González, Jefe de la línea, salvó las trincheras, y al frente de dos guerrillas de los batallones Juárez y Tiradores, puso en fuga á los zuavos, recogiendo del campo enemigo los zapapicos y útiles de trabajo que aquellos abandonaron á merced de los valientes sitiados.

Fueron dignos compañeros de González, Cataneo, Noriega, Vargas y Zaldívar.

El día 29 del mismo Enero concluyeron los franceses de levantar los parapetos de San Juan Chapultepec, San Martín y Montoya: acto continuo su artillería quiso estrenarse haciendo fuego sobre la plaza, y acto continuo también, tuvimos la fortuna de *desmantelar* el primero, desmontando la pieza con que hacía fuego el enemigo, obligándolo á huir hasta el monte Alban.

En la madrugada del 1º al 2 de Febrero hubo un fuego nutridísimo que presagiaba un asalto en forma, y cual no sería nuestra sorpresa al distinguir á favor de los primeros efluvios del sol levante, á los zuavos, reclinados en sus tiendas de campaña. No era mucho, por cierto, el ardor de los renombrados sitiadores que habían tomado ya la resolución de no comprometerse en un ataque formal, limitándose al asedio de la plaza hasta obligarla á sucumbir por hambre y falta de municiones.

El Ejército sitiador en los días siguientes se ocupó de acercar todo lo que pudo sus líneas de ataque, trabajos que la plaza no pudo evitar, por tener ésta que reservar su ya escaso parque, para el caso de que el enemigo intentara un asalto en forma.

La situación de los sitiados era angustiosa en extremo y la falta de víveres era una amenaza terrible, pues se temía, y con justicia, que la desmoralización cundiera entre los soldados: los días 3 al 8 del citado Febrero, se contestaron por nuestro Ejército los fuegos del enemigo que fueron bastante nutridos, y aunque era ya notable el desaliento de los soldados, nadie, por apasionado que sea, podrá asegurar que el valor y el heroísmo no eran el patrimonio del humilde Ejército sitiado.

Un acontecimiento por demás lamentable obligó al ameritado General Díaz á consultar la opinión de sus compañeros de infortunio, y el mismo día 8 hubo Junta de Guerra en la casa habitación del Sr. Lic. Justo Benítez, donde se dió cuenta de la infame conducta de una compañía de cazadores de Sinaloa, que, armada, en masa y municionada, se pasó al campo enemigo.

La Junta acordó que la plaza se rindiera, obligada por las críticas circunstancias en que se encontraba: el Ejército, reclutado hacía poco tiempo, falto de haberes y municiones, luchó mientras pudo; fue vencedor mientras tuvo elementos para combatir; asombró con su tenaz resistencia al sitiador, defensa que hizo poner en duda la estrategia de Bazaine, quien, como antes dije, tuvo que ponerse al frente de sus soldados, lo cual era ya mucha honra para el Ejército Mexicano que, en medio de su innata humildad, obligó con su noble actitud á todo un Mariscal de Francia, á medir sus armas con la de Generales que no esperaban semejante distinción, porque humildes hasta la exageración, no sospechaban que su nombre fuera una amenaza para el sitiador y sus antecedentes una garantía para la honra de la Patria.

Como resultado de la Junta de Guerra, el Coronel Angulo salió de la plaza en calidad de parlamentario, á la

cual regresó cuando el sol se retiraba, no queriendo alumbrar sin duda el doloroso fin de una campaña gloriosa para el denodado y pequeño cuerpo de Oriente: Angulo manifestó que el Mariscal Bazaine exigía la presencia del General en Jefe de la Plaza, y éste, aunque previó el porqué de la exigencia, con su acostumbrada serenidad se puso en marcha á las 6 de la tarde para el campamento enemigo, acompañado del citado Coronel Angulo y del Jefe de su Estado Mayor.

Una compañía de zuavos, en el punto llamado "Consolación", esperaba al General Díaz, á quien, con todas las precauciones de la guerra, conduce á la Hacienda de Montoya, residencia del Mariscal de Francia.

Eran las 6 de la mañana del día 9 de Febrero de 1865 cuando el General Díaz regresó á Oaxaca escoltado por las fuerzas francesas: En la Hacienda de Montoya fué declarado prisionero de guerra, prófugo de Puebla, y conducido con toda seguridad á la plaza sitiada para que de ella hiciera formal entrega.

El General Díaz, con voz trémula por la emoción, ordenó al valiente Ejército Mexicano formarse en la Plaza de Armas y se entregase incondicionalmente prisionero: apenas se oía su voz, ahogada por un sufrimiento que se manifestaba en su semblante con los indefinibles rasgos del dolor.

Terminada la entrega de la ciudad, consumado el sacrificio, agregada una nueva infamia al extenso catálogo de las que se cometieron en nombre de un Gobierno Imperial que no contaba con las simpatías del pueblo mexicano, los prisioneros, competentemente escoltados marcharon á Puebla, en donde debían ser juzgados por el *atroz delito de haber defendido á su patria* con una heroicidad y una abnegación que admirarán á todos los hombres de cuyo corazón aun no se haya expatriado el